

EL CURANDERO



Ricaurte Tiscornia (1)

- ¿Qué le anda pasando, don Ipa, que lo hayo medio amorrao?

- A verdá, Don Goyo, me tiene Priocupao eso e' la calentura corsaria del Pedrito, nadita le ha aliveao.

- ¡Mire usted! No le aflojao. Haberá que purgarle las sangres. ¡Pobre gurí! Hay un hombre muy mentao pa' esas cosas e' males... Don Belarmino, ¿lo ubica?

- Nó, no lo tengo, compadre.

- ¡Un santo! Pa' él tuito tiene cura. Mire, un cuñao de la hermana de una prima de mi vieja, estaba envarao el hombre y en un solo grito, no aguantó má y ayá por las navidades del ante año, la mujer le acomodó unos ponchos en la zorrita e'leña y se lo yevó al Belarmino, ¡viera usted la santidad de ese hombre!, en dos pases, untó grasa, ajeno, ruda y unos baños e' brusquilla hervida sobre las partes malas, le quitó la envaradura y los dolores... ¿Qué me dice, compadre?

¡El tal curandero, el Belarmino!

¡Un dotor, compadre!

- ¿Pa' ande tiene las casas ese buen hombre?

- Pa' ande no sé, pero que e' un santo, e' un santo... ¿No lo haya?

- Ajá, ¿Y pa' los peso, cómo e'?

- Mire, compadre, nada cobra ese santo varón, usted le dá lo que puede y si no e' lo mismo. La cencia e' la cencia, ¿no?

- Ajá. Se aprecea, compadre.

- Con licencia... Usted perdone, don Goyo que me meta en la conversa, yo supe conocer la sapiensa de don Belarmino, pero tengo óidas de que pa' los peso e' como Rivera pa' sable.

- Los enfundios, don Pelayo, no haga caso e' los enfundios, le replicó, agregando: - Don Belarmino tiene remedio pa' tuito, no hay mal que no lo alcance a ver, no e' como la Mama Hemenegilda, que le cobra cinco peso por pase, le dá una hojita e' cedrón, un ramito e' perefil, un diente de ajo y queda igualito, con tuito el mal dentro y má luego pa' calmarlo le zampa que el mal está oculto, que necesita tiempo pa' sacarlo porque uno chupa, fuma y le gustan las mujeres y la sigue con los pases, la rayadura e' una e' zorro y má nunca, don Pelayo, se güelve loco e' jura y los peso se le juyen.

Quando volció al rancho, su mujer estaba arrodillada llorando junto al catre de su hijo Pedro.

- ¡Qué pasa, mujer!, gritó alarmado.

- El Pedro, Ipa, delira como si estuviera trastornao.

Ricaurte Tiscornia (Vaimaca) nació y realizó sus estudios en Montevideo, luego se recibió de técnico en lanas. Su espíritu inquieto lo lleva a recorrer la República Argentina, ejerciendo su oficio, que extiende a Brasil, Paraguay, Chile y Bolivia. A su vuelta se instala con establecimiento ganadero en el Departamento de Salto. Su interés por la historia de su país, los problemas y temas campesinos, su lenguaje y sus leyendas lo lleva a realizar su primera novela histórica: "La Loca del Bequele", galardonada por el Ministerio de Instrucción Pública y editada en 1951 y 1952. Esta obra fue adaptada al radio-teatro en 26 capítulos por la Compañía de Héctor Torres en Radio Nacional. Luego la Directora del Teatro Chico de Durazno, Rosina Sosa, realiza su adaptación al teatro y la pone en escena la Comedia Nacional en el año 1983. De esta obra hacen mención en una antología de "La Narrativa Uruguaya" publicada por la Universidad de Berkeley (California) por los antologistas y críticos John Englekirk y Margaret Ramos. Luego vienen los títulos: Zampa y el Cóndor sin Alas. Recorre todo el territorio nacional en el negocio de compra y venta de ganado y sigue aprovechando los rasgos típicos de las regiones y sus pobladores para plasmarlos en las narraciones cortas (cuentos) algunos ya publicados en revistas: El Inmigrante, La Círcula Roja y los Pañuelos Blancos, El Marqués de la Rueda Dorada e Inocencia. Luego termina la novela histórica argentina "El Gigante de Montevideo" sobre los sucesos de una época polémica, 1830-1851. Con nuevos relatos, situaciones y personajes propone otros cuentos: Amor de Tigra, El Último Adiós, El Sopión y El Curandero, distinguido este último en el Certamen "El Gaucho" con el segundo premio. Después vinieron algunos versos como Sierra Puma, Rocha, Paysandú, etc.

¡Madre Bendita!

- ¡El tubiano, tata, cuideme al tubiano, tata!

- Cálmesese m'hijo, a su tubiano lo tengo atao a sogá aquí en las casas, nadita le va' pasar.

- ¡Ay, señor, cuánta desgracia!

- No se me eche, mujer, ya va' sanar el gurí y vamo a salir de ésta bailando una polquita, ya va' ver, conformó en un susurro.

- Dios te oiga, Ipa.

- Aura vaya y traiga unas flores e' malva y corteza e' quebracho blanco que hay junto al piquelito que vamo' cerle un cocido pa' que corte la calentura.

- La fiebre no le aflojó. El rostro de Pedrito se había hinchado horriblemente, sus labios inflamados supuraban y su garganta ulcerada, no recibía ni una cucharada de agua.

- ¡Virgen Santa, le han echao un mall, bramaba la pobre madre.

Don Ipa, sin perder la calma, pero con convicción, que debería ubicar a cualquier precio a aquel santo varón que le había recomendado su compadre Goyo. Fue y juntó la tropilla, mudó caballo y ensilló al tobiano. De una lata retiró todos sus ahorritos: - Pacencia, se dijo y agregó con resignación: - Primero el Pedrito. Envolvió al gurí en un poncho patria, lo acomodó en la cabecera del basto y montó. Hizo punta con su desgraciada carga seguido de su mujer cabalgando en el tobiano. En la boca de la noche llegaron al poblado más próximo.

- Así que lindando con el puesto e' don Elías.

- Ajá. Justito pa' lao e' los campos e' Julián Da Silva, bordea la remolacha y endereza pa' poterito e' don Belarmino... ¿Lo ubica?

- Ajá, medio león, ¿no?

- Diez legüitas, apenas. Si es gustoso le acomodo unas jergas y cuando levante el día endereza pa' lo del Belarmino.

- Se agradece, pero al gurí le vuela la calentura y anda medio trastornao el pobre, le ha agarrao a modo de un mal.

Los tragó la noche por el callejón de salida del poblado. Una llovizna comenzó a caer. ¡Barajo!, mascullón con rabia y pensó en pegar la vuelta, pero así como lo inquietó ese pensamiento, lo desechó bien pronto con su habitual entereza: - Primero está el Pedrito. Y comenzó a cortar campo para abaratar tiempo. En una taticera se le manó el caballo. Pasó a Pedrito a la cabalgadura de su mujer, que empapada y bañada en lágrimas no cesaba de clamar por la Virgen y siguió de a pie con el caballo de tiro. Así marchaba, cuando observó que el tobiano con su carga, se le iba rezagando y optó por atarlo a la argolla de la esidera y volvió a empujar la marcha hacia el Norte, chapaleando agua y barro en medio de aquella noche tétrica. Avanzaba a tropezones entre pozos y guadales y muy poco faltó para que se lo tragara una profunda cañada.

Los gritos de Pedrito, en su delirio, espantaban las lechuzas posadas sobre los tacuruses. Entró por un callejón y se dió de jeta con una portera, cruzó y apuró buscando campo y por sobre la media noche, unas vacas mansas le aseguraron pronto refugio a su exprimida humanidad y si no estaba muy errado, haber llegado al poterito de don Belarmino. Una sombra fantástica se proyectó por entre la negrura y la malla de agua, que agrandó su volumen por los falsos reflejos ópticos, pero no había duda que eran cons-



trucciones individualizadas por la línea de sus contornos. El relincho alertó a sus moradores. Era un rancho insípido, pero a diferencia de otros, dos corrales lo rodeaban, donde tosían nerviosos los vacunos.

- ¿Belarmino?... ¿Curandero? Nó, no lo tengo, amigo. Estos campitos eran de un tal Juca Perera. Tengo entendido que éste don Juca, allá por el Sur hizo su güena plata. Se me ocurre que el hombre stá e' riñón cubierto. Dicen que dijo que había compraó campo pal' lao de Curticeira... Momentito, don. Pa' yá, pa' quel lao de Ataque, tuve lenguas de un mano santa muy mentao, vaya saber... capá que's el que busca, don.

El vasco Ipagaguerre acusó el golpe. Su mujer abrazaba al hijo, encerrada en su dolor inmenso. Los bronquios de Pedrito ronroneaban un sonido desagradable con pronunciado ahogo asmático.

- ¡Barajo!, soltó don Ipa, agregando: - ¡Cómo pa' seguir ansina, con un cabayo achatao y el otro manco!

- No hay cuidao, paisano. Pa' que remedee sus disgracias le daré cabayos hábiles, si así desea y mañana con la amanecida rumbea pal' Norte.

- Se agradece. Le pago sus cabayos, don.

- Ni hablar, mi amigo. No me suebran, pero alcanzan pa' cer punta con el arreo, en cuanto amaine, ¿sabe? Aura lo tengo encerraó por la estampía.

Amanece. Ya no llueve. El campo cambiará su negrura por la luz del día. Ha comenzado el peregrinaje de don Ipa con su carga trágica, que avanza formando una sola sombra. El aire nuevo y seco lo empujó a don Ipa a redoblar la marcha. Pronto el sol hendió su brillo. Como a media mañana entraron galopando de frente por el callejón de un rancherío.

- No, no conozco... ¿Belarmino, dijo?

- Ajá.

- Belarmino, Belarmino, ¿y nuevo en éstos pagos?

- Ajá.

- ¡Mire usted!, dijo asombrado el bolichero, para agregar: - El único nuevo en la zona, es Juca Perera, ma o meno un año compró el puesto e' Cantillana. Aquí cerquita, sale el pueblo y en el barrancón toma a la derecha y rumbea derecho pa' las casas que se ven pa' la cuchiya, entuavía no a e' haber salido a recorrer el campo.

- Sirva otra caña, amigo, ordenó don Ipa sumamente contrariado y remarcó: - No mi amigo, busco a Belarmino, el curandero. Mi compadre Goyo me lo ha recomendaó como un santo y e' dar con él hombre... Lo necesito, ¿sabe, don? Al guri le ha dentrau un mal machazo y el mal se le está ganando.

- ¡Mire, usted! ¡Qué calamidá! Capá que la Santinha lo remedeá, don y le alcanza a ver el mal.

El vasco quedó mirándolo desconcertado.

- ¡Ipa! ¡Ipa! ¡Se nos muere el Pedrito!

El rostro de Ipagaguerre se contrajo como una mueca. Pagó sus cañas y preguntó:

- ¿Pa' ande son las casas e' la Santinha, don?

Traspassó al hijo a su cabalgadura y se lanzó al galope rumbo al Sur-Este con destino al Cerro Pelado. Su mujer intentaba seguirlo, pero su caballo, algo inseguro en la rienda, se iba rezagando y sólo los gritos de don Ipa le revivían su voluntad de empujar hacia adelante. A costado del camino, del otro lado de la línea de alambre, un paisano con fina presencia, bien montado, recorría al paso de su montura los límites de un campo. Este, puso la diestra en el ala de su ancho sombrero a manera de saludo y continuó su tranco. Era habitual ver a don Juca Perera revisar su nueva propiedad. Indiferente, don Ipa, pasó en su montura a espuela y rebenque. Luego de haber recorrido un montón de leguas, se divisaron las azuladas laderas del Cerro Pelado. Sus ojos grises miraron con simpatía y esperanza aquellas lejanías.

Cayendo el sol arrimó a una tapera rodeada de espartillos y pajales. Un violento tirón de las riendas hicieron sentar al animal. Se oyó el rumor de una vitrola, cantó un gallo y ladraron unos perros. Cacarearon unas gallinas y

unos chanchos osaban ruidosos por entre un charco barroso donde bordoneaban los moscones. En la puerta de la vivienda apareció una mujer escuálida fumando un cigarro de hoja, usaba ropas demasiado holgadas y de vivísimos colores.

- ¿La Santinha?, preguntó sin desmontar.

- Ajá, respondió la mujer con suficiencia.

- Dispense, doña, al guri le ha dentrao un mal muy corsario y necesito e' sus servicios, dijo aflijido.

- ¡Barbaridá! ¡Abájelo, don!, ordenó señalando con su diestra el interior del rancho. Desmontó con el hijo en sus brazos y en dos saltos penetró en la vivienda extendiéndolo sobre un catre de guasquillas que le indicó la mujer.

El interior de la morada era diabólica, colgaban huesos, calaveras, víboras secas, mazos de hierbas y en la cumbre un papagayo hacía una algarabía infernal, molestado por la provocativa actitud de una lechuza. Por el piso de tierra, dos lagartos merodeaban asustados. Ardían dos pedazos de madera en un brasero que lanzaban hilos de humo con olor a incienso. La vitrola seguía rayando una tonada de zamba brasileña.

- Cúremelo, doña. Le voy a pagar al contaio, dijo don Ipa y echó mano al cinto sacando un rollo de billetes. La Santinha miró con codicia el dinero al tiempo que quitaba el rancho de la cara al niño y luego dijo:

- Es la enfermedá e' lo siete día... Malo, malo, sentenció

con su voz aflautada.

- ¡Ay, Virgen Santa! ¡Por Dios, sávelo al Pedrito!, imploró la madre.

- ¡Cáyate, mujer!, ordenó el vasco.

La piel enrojecida de Pedrito estaba tomando tonalidades azules. Los ojos saltaban de sus órbitas. Sus labios inflamados vibraban incontrolados y por su boca no entraba el aire para que sus pulmones se oxigenaran.

- Con toma y santigüao no le saco el mal. Hay que cortar la enfermedá pa' dejarla que salga... E trabajo pa' don Juca.

- Juca... ¿Juca Perera?, soltó don Ipa, entre asombrado y decepcionado.

- El mismo, saben llamarlo El Belarmino, no hay mal oculto pa' él, tiene poderes naturales el tal Juca... Un doctor, que le dicen.

Abruptas contorsiones provocaron fuertes quejidos al enfermo y sus ojitos quedaron fijos y fríos.

- Que Dios lo tenga en su paz descanse, murmuró la Santinha persignándose.

El vasco Ipagaguerre aflojó su humanidad y cayó de rodillas. Su mujer quedó como una cuerda tensa en el aire aguantando el dardo de una ballesta presto a romper el viento, y lo rompió: un alarido hizo crujir las paredes de adobe del rancho y salió en estampida, para encrustarse como una puñalada en los faldeos del Cerro Pelado.

